

Óscar Sánchez Alonso

Doctor en Comunicación
Prof. Marketing Político
U. Pontificia Salamanca



«Junto a ese cúmulo de excreción totalitaria, llaman la atención algunas reacciones que configuran el fenómeno del «PEROrismo». A las reseñadas agresiones les ha seguido un entornito grimoso que dice condenar... para salir de inmediato con sus «peros» escurridizos y justificatorios. Cuánto «perorista» sin escrúpulos. No hay burladero mayor que esa conjunción adversativa, manejada de forma torticera»

EL «PERORISMO» Y LA COACCIÓN TOTALITARIA

La batasunizada berrea llegó a la Universidad. Afloró durante la última campaña electoral, y Rosa Díez, María San Gil o Dolors Nadal sufrieron la ignominia talibán de niños que dicen ir de «antifascistas». Vaya desde aquí mi absoluta aversión a esos abyectos ejercicios de anquilamiento: sean las víctimas del color político que sean, tengan los agresores la afinidad que les parezca. Esos añadidos circunstanciales no harán cambiar la esencia de lo que estamos describiendo: que la persona agredida es víctima —milite donde milite, y en tanto que víctima, merece mi decidida solidaridad—; que el energúmeno que coacciona e intimida es un agresor —simpatice con quien simpatice, y en tanto que agresor, merece mi más firme y convencido desprecio—.

Tener que recordar obviedades de esta naturaleza casi produce sonrojo, pero quizá siga siendo imprescindible. Del mismo modo —recuérdese a oportunistas—, obvio también resulta que la extorsión y la amenaza nada tienen que ver con la protesta. Aunque los abucheos fueran injustos o desacertados, en modo alguno serían equiparables a las prácticas coactivas, intimidatorias y de acorralamiento.

Junto a ese cúmulo de excreción totalitaria, llaman la atención algunas reacciones que configuran el fenómeno del «PEROrismo». A las reseñadas agresiones les ha seguido un entornito grimoso que dice condenar... para salir de inmediato con sus «peros» escurridizos y justificatorios. Cuánto *perorista* sin escrúpulos. No hay burladero mayor que esa conjunción adversativa, manejada de forma torticera. Puesto que la ruindad no ha de pasar inadvertida, tratemos de ilustrarla con algunos botones de muestra... dentro de una ya larga e infecta botonadura.

1. El «pero» equidistante. El de aquellos que engolando la voz —y a veces defendiendo la alegría!— condenan tanto-tantísimo la violencia, que la condenan (?) por ambas partes. Es decir, la violencia de María San Gil por pretender dar una conferencia, y la violencia de quien le gritaba «Ojalá te mate ETA»; la violencia de Rosa Díez por defender sus convicciones mediante el uso de la palabra, y la violencia de quienes le aullaban «fascista» e iban graznándole, entre empujones y zarandeos, «¡Democracia dónde, terrorista quién!».

¿Ven? La equidistancia es lo que tiene. Uno se sitúa en ese equilibrio tan sumamente repugnante, que luego incluso se



«Convendrá recordar que, de seguir la senda que suele reinar en la política, a Díez le habría resultado cómodo y fácil prolongar su carrera en las filas del PSOE. Le habría bastado con mirar para otro lado —actitud habitual en parlamentarios de abnegada sumisión—»

autoproclamará paladín del pacifismo, la sonrisa y el *fair play*. Todo ventajas. Mareo de perdiz por aquí, sambenito de crispación por allá; y lista queda la poción. En esa lógica de estercolero, ellas acabarían siendo responsables, y en ellas estaría la solución —que no sean tan provocadoras, que renuncien a su discurso, que se seren en; y evitarán problemas sucesivos—. Es curioso que se nos quisiera convencer de que los otegis eran hombres de paz;

mientras que políticas de admirable talla cívica y democrática acaban siendo presentadas como mujeres de crispación.

2. El «pero» del tú te lo has buscado. Da continuidad al «pero» anterior, e incide en esa mendaz insinuación —«algo habrá hecho»— que durante bastantes años ya se escuchó respecto a las víctimas de ETA. El peso de la culpa acababa recayendo en la persona asesinada. Se blandía una trayectoria supuestamente incorrecta, que habría obligado al reseñado desenlace.

Así ocurre también ahora. Frente a quienes se han querido apartar del nacionalismo obligatorio; frente a quienes han dado firme batalla intelectual a la mitología segregadora y xenófoba; frente a quienes han combatido, mediante la razón y el argumento, sesgos y simplezas identitarias... se apuesta por agredir al conferenciante discoloro —Fernando Savater, Gotzone Mora, Arcadi Espada, Jon Juaristi o Albert Boadella, por citar algunos relevantes nombres que también han sufrido la vesania etnicista—, y se logra un claro efecto disuasorio sobre el alumnado que pudiese estar tentado de es-

cuchar algo que escape a la dogmática consigna oficial.

3. El «pero» del machito fanfarrón. Felipe González no llo- ra. El eX presidente del Gobierno, eXcelso siempre en su locuacidad, no perdió ocasión para el bochorno. En alusión a Rosa Díez, y equiparando la protesta que él recibió en la Universidad Autónoma de Madrid en 1993, ha señalado que aguantó «sin llorar» (21-II-08). Ciertamente, a González siempre se le dio muy bien mezclar GALgos y podencos. Sería deseable que sus particulares GALimatías no los utilice para desviar las responsabilidades de quienes obstruyen el discurso libre y plural que requiere un Estado de Derecho. A su vez, sería deseable que no aproveche la infamia de los totalitarios para sus desahogos personales; del mismo modo que sus obsesiones egotistas no deberían impedirle reconocer la ejemplaridad democrática de Rosa Díez: valiente frente a la atrocidad etarra, valiente frente al nacionalismo excluyente, valiente para emprender un regenerador proyecto político.

Convendrá recordar que, de seguir la senda que suele reinar en la política, a Díez le habría resultado cómodo y fácil prolongar su carrera en las filas del PSOE. Le habría bastado con mirar para otro lado —actitud habitual en parlamentarios de abnegada sumisión—, pero desde luego que no fue ésa su opción. Tras treinta años de militancia en el PSOE, y renunciando a su escaño y sueldo como europarlamentaria, optó por un argumentado y racional abandono, apostando por alentar, a través de UPyD, una regeneración democrática que se vuelve cada vez más necesaria.

Terminamos. La extrema derecha y la extrema izquierda —ambas nacionalistas, no debe de ser casualidad— representan la misma putrefacción totalitaria. Resultaría saludable apartarse de la deriva PEROrista. Las víctimas del terrorismo, como las víctimas de esos universitarios que barritan su integrista, no debieran encontrar nuestra indiferencia. Muchas de esas víctimas son personas con coraje —por eso son víctimas; están en el punto de mira, por haber osado dar la cara—. No se acobardaron en el pasado y no se van ahora a amedrentar. Son capaces de soportar el odio y la coacción de mucha podredumbre fanatizada; pero entiendo que les resultaría sumamente desalentador recibir la apatía y el nauseabundo desdén... de quienes pasamos por ser «normales».